



ENTREVISTA

ENRIQUE CÁRDENAS / FOTÓGRAFO

■ S. FERNÁNDEZ

Enrique Cárdenas se desnuda con «Snudos», una muestra de una treintena de fotografías que hasta pasado mañana cuelga en la librería Trabe de Oviedo, en la calle Padre Buenaventura de Paredes. Es fotógrafo desde que tiene memoria y contó con una cámara «de esas de plástico, una Kodak fiesta». Trabajó para la prensa, se estableció por su cuenta y ahora dedica su tiempo a cubrir eventos sociales y sus ocios a las fotos de exposición. Sus reportajes son industriales, empresariales e, incluso, publicitarios. Los primeros desnudos de Enrique Cárdenas vienen ya de hace quince años: modelos, espacios defectuosos y polutos, una combinación de dorado resultado. No frecuenta el mundo de las exposiciones, pero ha colgado su trabajo en Arriandas, en Oviedo y en Salas, «siempre por el empeño del que me ha invitado», asegura.

—Estas fotos de la exposición no son habituales en usted.

—Son las que me gusta hacer. Los desnudos no son nada comerciales y a pesar de eso vengo tirando estas fotos desde hace unos quince años, el tiempo que hace que me dedico a la fotografía profesional.

—¿Por qué las expone ahora?

—Fueron los de la editorial Trabe los que me llamaron, los que conocieron el archivo y los que me propusieron la idea. Estaba trabajando para ellos y un día me dijeron que estaría bien colgarlas, hacer un catálogo... Y no me negué.

—Porque usted no acostumbra a frecuentar el mundo de las exposiciones.

—Como le digo llevo haciendo estos desnudos desde hace quince años y nunca me propuse colgar las fotos en una sala de exposiciones. Es un campo muy difícil: hay que estar en el circuito o ser extremadamente bueno y... ni una cosa ni otra. Hago fotos y hasta ahora las he venido guardando.

«Lo que me gusta es fotografiar personas, desnudas o vestidas»

«El resultado de mis ocios está en una exposición a la vista de todo el mundo, y resulta extraño»



El fotógrafo Enrique Cárdenas.

—Una colección de desnudos. ¿Modelos profesionales?

—No, qué va. Bueno, han pasado algunos años y alguna de las modelos con las que trabajé ahora lo son a tiempo completo. Cuando las fotografié no, ni mucho menos, les presentaba el proyecto y si accedían tirábamos las fotos. Son

amigas, conocidos, nada más. Fotos hechas en sitios cutres, sin modificar. Tal cual lo encontramos así se queda.

—¿Qué tienen los cuerpos desnudos para despertar su interés?

—A mí lo que de verdad me gusta es fotografiar personas, vestidas o desnudas. La exposición lo

que recoge son estas últimas, las que más tengo.

—Pero usted se dedica principalmente a la fotografía industrial.

—Fotografiar personas desintoxica el día a día. No se trata del trabajo, es más bien el ocio. No se gana dinero, más bien se pierde.

—¿Desde cuándo es usted fotógrafo?

—Desde que tengo memoria, cuando me regalaron una de esas cámaras de plástico, una Kodak fiesta. Nunca he perdido ni he vendido ninguna de mis cámaras, conservo todo lo que he hecho. No se trata de que les considere grandes trabajos, se trata de otra cosa. Un amigo me dijo que en un periódico necesitaban un fotógrafo, me apunté rápido. Luego me establecí por mi cuenta, abrí el estudio que tengo y hasta ahora.

—¿En qué se diferencian las fotos que tira por gusto con las que ahora cuelgan en la sala de exposiciones?

—Las ves de manera diferente a cuando contemplas un álbum en casa. Las amplías, las seleccionas y cuando las ves en la sala de exposiciones dices: «¡Madre mía, lo que hice!». Lo que hago en mis ocios al final está a la vista de todo el mundo y resulta extraño.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Dentro de un par de días se cierra la exposición por que el calendario de la sala es anual. ¿Montar otra? No lo veo, lleva mucho trabajo y volver a repetir pues no me llama, suena a algo ya visto... No sé si me explicó. ¿Moverla por otras salas? Ya le dije que no estoy en el circuito.

Cuentos y monólogos regados con vino



Del chigre TRABE, Oviedo, 2006.

■ Saúl FERNÁNDEZ

El actor Carlos Alba (Avilés, 1972) se transforma en el anciano Cellerero —una ficción lenguaraz, fantasiosa y comprometida— todas las noches, en los bares, en los chigres e, incluso, sobre los escenarios. Se acomoda en una banqueta, se arma con una botella de vino y empieza a contar historias a quien le quiera escuchar. Todo un hallazgo. Carlos Alba vive separado de su heterónimo y cuando le da vida se entusiasma y le lleva de gira por los escenarios de pequeño formato, que son donde se siente su Cellerero más a gusto. Carlos Alba es actor, un alumno de la escuela madrileña Réplika, la de Jaroslav Bielski. Una escuela y una compañía que hace como un año apareció por Asturias con una versión enorme y arriesgada de «Alguien voló sobre el nido del cuco». Arriesgada porque la sombra de Jack Nicholson es un yunque, porque el norteamericano se hizo con el ladrón y el fingimiento de locura en ese campo de concentración inventado por Ken Kessey, el manicomio de Milos Forman.

Pero el actor también escribe. El mundo del teatro en Asturias está como está y lo obligatorio es el pluriempleo. Ha reunido 16 monólogos cómicos a la asturiana en su primera publicación: «Del chigre», en la colección «Maestros del humor», que siempre está muy bien.

Los monólogos a la asturiana forman un género dramático propio tan tradicional como los sainetes de aldea. Historias de un sólo narrador, chistes subidos de tono... Alba lo que hace es ampliar la jurisdicción del género y habla de cosas tan de hoy como los triunfos de Fernando Alonso o sobre el estado de salud del Sporting. El monólogo del bicampeón, en concreto, lo concluye de forma abrupta, con pedagogía incluida: la velocidad, la vida. Una lástima: comedia y política casan mal.

Mística y experiencia

■ Saúl FERNÁNDEZ

José Manuel Feito (Pola de Somiedo, 1934) empezó a escribir poesía hace como medio siglo y desde entonces sólo ha presentado tres libros: «Pasión de noche» (1954), «Cuánta noche en mis manos» (1986) y ahora en 2006 este «Jesús del atardecer». Haciendo, pues, una cuenta gruesa Feito sale a libro de poemas por cada tres lustros. Lentitud y sosiego en la versificación. La explicación es más que obvia: José Manuel Feito no es sólo poeta. Es autor de «Cerámica tradicional asturiana», un clásico de la bibliografía sobre la artesanía de la región. Es divulgador de la historia de la parroquia de Miranda,

que dirige desde hace más de cuatro décadas; ha estudiado y estudiado el bron, la jerga de los caldereros. Ha recuperado la memoria de todos los vecinos ilustres de su jurisdicción, desde Carreño Miranda, al rey de la Patagonia. Un hombre inquieto de una carrera más que singular.

¿Qué hay en este «Jesús del atardecer»? Una amplia colección de sonetos que se dividen en cinco partes. La primera sirve para presentar al sujeto narrativo y el resto cuenta una historia de amor a Dios con Jesucristo como protagonista. Salmódica o mística atribulada y vida sosegada de ordinaria.

La primera parte bebe de las formas impuestas por los autores más clásicos con asuntos propios,



Jesús del atardecer JUEVES LITERARIOS, Avilés, 2006.

digamos, de la poesía figurativa más moderna. Escribe: «Me tiemblan los años en la mano»: «Duermo poco, despierto muy temprano, /desayuno café diariamente, /y me siento lo mismo que se siente / —sin tener tantos años— un anciano».